

Accionó el contacto, el Tornado vibró como si fuera a desintegrarse y Jeremy tomó la carretera llena de baches que nos llevaba hasta casa. Conducía con la expresión preocupada de quien piensa en demasiadas cosas a la vez. En tantas cosas que se nos había olvidado la coca-cola.

—¡No pasa nada!

Me echó una mirada sonriente.

—No tengo tiempo que perder, ¿sabes? Dentro de dos semanas me marcho.

—¡Dos semanas!

—¡Eso es!

Dio unas palmadas en el papel verde que sobresalía de su bolsillo.

—Además, tengo cita con el médico la semana que viene.

Yo me sentía como si estuviera en un cuadrilátero, medio k. o. recibiendo una tunda de golpes en plena cara. De repente, me imaginé la vida sin Jeremy. ¡Llevábamos dieciséis años sin habernos separado apenas! ¡Desde que nació! Dieciséis años en los que, día tras día, nos veíamos, discutíamos, nos reíamos y nos contábamos historias que en

realidad no nos creíamos sobre nuestro futuro como roqueros. Dieciséis años en los que hacíamos cosas tan tontas como comer patatas fritas mientras veíamos programas de televisión idiotas. Y todo esto iba a acabar dentro de dos semanas. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. Jeremy, por su parte, evitaba los baches con la aplicación de un buen estudiante.

—¡Habéis tardado mucho! —dijo mamá al vernos llegar.

Jeremy se balanceaba apoyándose primero en un pie y luego en otro mientras manoseaba su papel verde.

—Mamá, te vas a poner contenta. He encontrado trabajo... Un trabajo de verdad, quiero decir...

Había una tensión inusitada en su voz. Mamá se volvió hacia él.

—Y ¿qué clase de trabajo?

—Acabo de alistarme en el ejército. Por cuatro años.

Ella abrió unos ojos como platos y se llevó la mano a la boca.

Pequeñas nubes de vaho escapaban de sus labios. De perfil, vi que sonreía. Puse la mano en su hombro con la respiración entrecortada, las sienas me zumbaban... El corazón se me embolsó.

Y, de repente, la llamó alguien.

—¡Marka, Marka!

Salté como si me hubieran pillado mangando una cartera. ¡Era su madre! Se dirigía hacia nosotros y yo habría dado todo lo que tenía por desaparecer y fundirme con toda esta blancura que nos rodeaba.

—Parece que soy bastante inoportuna, eh... Lo siento.

Esbozó una sonrisa contrita y encendió un cigarrillo. Le temblaban un poco las manos.

—Marka, por favor, no me apetece estar sola en casa. No en un día como hoy. Ya os veréis otra vez, ¿eh, Oskar?...

De nuevo sonrió.

—¿No me guardas rencor por llevármela? Otro día será.

Con las orejas encendidas y las palmas de las manos húmedas, farfullé que no, por supuesto,

que no era nada importante. Hacía diez grados bajo cero, tal vez más frío, pero nunca había tenido tanto calor. A mi lado, Marka estaba a punto de estallar de risa.

—Seguro que hablaremos de esto en otra ocasión, ¿verdad, Oskar?

Luego me dirigió una sonrisa, seguida de un minúsculo beso en la cara, antes de alejarse cogida del brazo de su madre. Se volvió un poco más lejos y aún me hizo una seña.

—¡Hasta mañana!

Mis dedos se posaron en el lugar en que Marka acababa de besarme. No sabía muy bien dónde estaba. Durante unos segundos me había olvidado por completo de la marcha de Jeremy.

Esta chica tenía la facultad de hacer la vida increíblemente ligera.